



#### LOS SALONES LITERARIOS (1)

No creo que quede ni uno hoy ya. Tenemos otros salones, más en el movimiento, como se dice ahora: salones políticos, los de madama Edmond Adam, de madama d'Haussonville, tapizados de blanco ó de rojo, en los cuales se hacen prefectos ó se deshacen Ministros; en los cuales aparecen á veces, en los días grandes, un príncipe ó Gambetta. Luego hay los salones donde se divierten las

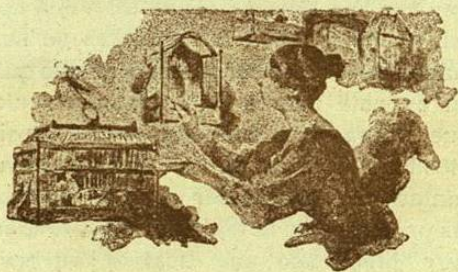
(1) Escrito en 1879 para *La Nueva Era*, de San Petersburgo.

gentes, por no decir donde procuran divertirse. ¡Recuerdos y pesares! Se cena, se juega, se charla y se pasa el tiempo como se puede: bonitas estufas, frágil abrigo, bajo cuyos cristales se abre en todo su brillo pueril la flor sin perfume de la vida puramente exterior y mundana. Pero el verdadero salón literario, el salón donde, en torno de una Musa agradable y madura, hombres de letras, ó que se creen tales, se reúnen una vez á la semana para recitar versitos mojando pastas secas en té, ese salón ha desaparecido definitivamente. Yo no soy viejo, y todavía he alcanzado á ver algunos de esos azules salones de Artemisa, relegados hoy á las capitales de provincia, más pasados de moda que la guitarra, los juegos de prenda y los cuartetos de álbums.

Soplemos sobre nuestros recuerdos de hace veinte años. ¡Pft, pft, pft! El polvo se levanta formando tenue nube, y en esa nube, claramente, como si se tratase de una aparición de hadas, se dibuja y toma cuerpo la amable silueta de esa señora de Ancelot. La señora de Ance-

lot vivía entonces en la calle de San Guillermo, calle corta y antigua, olvidada por Haussmann en el corazón mismo de París, en la cual crece la hierba entre las piedras, y en la que jamás se oye el rodar de un carruaje; allí hay casas altas, demasiado altas para tener sólo tres pisos, y que no dejan llegar al suelo más que una luz lejana y tenue. El viejo hotel, silencioso, con las maderas de sus balcones siempre cerradas, lo mismo que su enorme puerta de entrada, parecía que estaba durmiendo desde muchos siglos bajo la varita de virtudes de un encantador. Y el interior correspondía á las promesas de la fachada: un corredor muy blanqueado, una escalera tenebrosa y sonora, techos altos, amplias ventanas, rematadas con pinturas en los entrepaños. Todo esto ajado, pálido, con aspecto de cosa muerta; y en medio, como figura á propósito para ese cuadro, la señora de Ancelot, vestida completamente de blanco, redonda y arrugada como una camuesa, tal y como nos figuramos las hadas de los cuentos, que no pueden morir, pero que envejecen du-

rante miles de años. La señora de Ancelot era apasionada por los pájaros, como buena hada. Alrededor del salón, cubriendo las paredes, se amontonaban jaulas con bichos que gorjean, como en las fachadas de las tiendas de pajareros que hay en el muelle; pero hasta los pá-



jaros parecía que cantaban cosas antiguas. En el sitio de preferencia, con buena luz, y colocado con la inclinación conveniente, un retrato de gran tamaño, original del barón Gérard, representando la Musa del salón con sombrero de niña, vestida á la moda de la Restauración, sonriendo como se sonreía en aquel tiempo, y colocada de medio perfil para que se viese mejor, en actitud de una

Galatea que huye; un hombro maravillosamente blanco y redondo. Cuarenta años después de hecho el retrato, en la fecha á que nos referimos, la señora de Ancelot se descotaba todavía; pero es preciso decir que no lucía aquellos hombros tan blancos y tan redondos que pin-



tó en otro tiempo el barón Gérard. Pero ¿qué le importa eso á la buena señora? Ella se imagina aún en 1858 que es la misma bellísima señora de Ancelot del año 1823, cuando París aplaudía su bonita obra dramática, titulada *Maria ó las tres épocas*. Es verdad que en nada podía ver la diferencia; todo en torno suyo se aja y envejece al mismo tiempo que ella: las rosas de las alfombras, las cin-

tas de los cortinajes, las personas y los recuerdos; y en tanto que el siglo avanza, aquella vida paralizada, detenida; aquel hogar de otro tiempo, inmóvil como anclado buque, van hundiéndose poco á poco en el pasado.

Una frase sola desharía el encanto. Pero ¿quién ha de pronunciar esa frase sacrilega? ¿Quién se atreverá á decir: «nos hacemos viejos?» Los habituales contertulios menos que nadie, porque también ellos son de aquella época, y ellos también se imaginan que no envejecen.

Allí tenéis al Sr. Patin, al ilustre señor Patin, profesor de la Sorbona, echándose las de muchacho; allá, cerca de la ventana, en el rincón de la izquierda. Es un hombrecillo completamente blanco, pero con el pelo tan bien rizado, y bullendo tan discretamente, cual corresponde á un profesor de la Universidad en tiempo del Imperio.

También está allí Viennet, el fabulista volteriano, larguirucho y seco como la garza de sus pobres fábulas. El dios del salón, dios rodeado siempre, admirado,

mimado, era Alfredo de Vigny, gran poeta, pero poeta de otra época, singular y añejo, con su apariencia de arcángel y sus blancos cabellos lacios, demasiado largos para su pequeña estatura. Alfredo de Vigny, al morir, legó á la señora de Ancelot su cotorra. La cotorra fué colocada en medio del salón, sobre un pie barnizado. Los concurrentes antiguos la atracaban de chucherías: ¡era la cotorra de Vigny! Algunos burlones la habían puesto el apodo de *Eloa*, á causa de su largo pico y de sus ojos místicos. Pero esto es posterior; en la época en que fuí presentado en casa de la señora de Ancelot vivía todavía el poeta, y la cotorra no mezclaba sus chillidos al formidable gorjear, que sin duda alguna én són de protesta, salía de todas las jaulas cuando el señor de Viennet trataba de recitar algunos versos.

A veces el salón se rejuvenecía. Vefase allí en esos días á Lachaud, el célebre abogado, con la hija de la señora de Ancelot, que era su mujer: ella un poco triste, él gordo y satisfecho, con una hermosa cabeza de romano, de jurisconsulto

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO VIGNY"  
Ced. MEX. SOCIEDAD DE ESTUDIOS

del Bajo Imperio. Poetas: Octavio Lacroix, el autor de la *Canción de Abril*, del *Amor y su marcha*, representado en el Teatro Francés, me impresionaba mucho; porque, aun cuando de apariencia bondadosa, era secretario de Sainte-Beuve. A Manuel des Essarts lo llevaba allí su padre, escritor distinguido, bibliotecario de Santa Genoveva. Manuel des Essarts era entonces muy joven, principiante, y, si mal no recuerdo, llevaba todavía en el ojal la palma verde de los alumnos de las Normales. Hoy desempeña la cátedra de Literatura en Clermont, lo cual no le impide publicar un año con otro uno ó dos tomos de muy buenos versos. Profesor distinguido que, como veis, lleva una ramita de mirto en la toga.

Había también señoras poetisas, como madama Anais Segalas, y algunas veces una nueva Musa recién descubierta, con ojos azules, con tirabuzones de color de oro fino y con el aspecto un tanto pasado de moda, de las Delfina Gay y de las Elisa Mercœur. Así se presentó un día la rubia Juana Sabatier, cuyo verdadero

apellido era Tirecuir, el cual resulta demasiado prosaico para una Musa. A mí también me pedían versos como á los demás; pero parece que yo era tímido, y que mi voz se resentía de ello.



—¡Más alto! me decía siempre la señora de Ancelot. ¡Más alto; el señor de La Rochejacquelein no oye!

Había allí una media docena de sordos como postes, que jamás oían, y que, sin embargo, estaban siempre atentos y con la mano izquierda puesta en la oreja á

guisa de tornavoz. Gustavo Nadaud sí que se hacía oír. Rechoncho, con la nariz remangada, la cara ancha, desparmada, fingiendo una rusticidad bonachona, que no dejaba de tener su saborcillo picante en aquel medio ambiente adormecido y ñoño, el autor de los *Dos gendarmes* se sentaba al piano, cantaba con voz fuerte, golpeaba el instrumento de lo lindo, y lo animaba todo. ¡Así es que obtenía unos triunfos!... Todos sentíamos celos.

Otras veces también, alguna *comediante* deseosa de darse á conocer, asistía á las veladas para recitarnos algunos versos. Esta era otra tradición de la casa; la Rachel había recitado escenas en los salones de la señora de Ancelot: un cuadro colgado encima de la chimenea atestiguaba el hecho. Por eso se seguían recitando escenas; lo malo era que ya no las recitaba la Rachel. El cuadro que acabo de mencionar no estaba solo: veíanse otros en todos los testeros, obras de la señora de la casa, que no desdeñaba el manejo de los pinceles en sus ratos perdidos, y que dedicaba todos sus cua-

dros al salón, consagrándolos á perpetuar el recuerdo de algún gran acontecimiento en aquel diminuto mundo. Los curiosos podrán contemplar en casa de Dentu, reproducciones (hechas ¡oh iro-



nia! por E. Benassit, el pintor más cruelmente escéptico de la tierra), á modo de autobiografía: *Mi salón*, por madama Ancelot. Cada uno de los fieles concurrentes á esas reuniones está retratado allí, y creo que yo también lo estoy allá en el fondo.

Todo el citado personal, un tanto heterogéneo, se reunía los martes en la calle de San Guillermo. Se llegaba tarde por la siguiente razón. En la calle de Cherche-Midi, á dos pasos, colocado allí expresamente como en són de protesta permanente, había un salón rival, el salón de madama Melanía Waldor. Las dos Musas habían sido amigas en otro tiempo; la señora de Ancelot había protegido algo las aficiones literarias de Melanía, la cual se emancipó un día, y levantó un altar enfrente de otro altar: lo mismo que ocurrió entre la señora de Deffand y la señorita de Lespinasse.

Melanía Waldor escribía. Se conocen de ella novelas, versos y una pieza teatral: *La Alcancía de Juanilla*. Alfredo de Musset, en un día de malísimo humor, ha hecho acerca de ella versos terribles y soberbios, mezcla salpimentada de Aretino y de Juvenal, que, á falta de mejor cosa, harían pasar á la posteridad, en alas de las publicaciones clandestinas, el nombre de la Musa. ¿Qué habría hecho Melanía Waldor á aquel demonio de Alfredo? La recuerdo perfectamente,

vestida de terciopelo, con cabellos negros, cabellos de color de cuervo viejo, que se obstinan en no blanquear, reclinada en su diván, desfallecida y lánguida, con actitudes de romántica. Pero los ojos se encandilaban, la boca se volvía la de una víbora en cuanto se hablaba de *Ella*. ¡Ella! es decir, la otra, la enemiga, la vieja señora de Ancelot. Había entre las dos guerra sin cuartel.

La señora de Waldor había escogido expresamente el mismo día de la semana, y á eso de las once; cuando os queríais escurrir para marcharos á la casa de enfrente, unas miradas frías y airadas os clavaban en la silla. Teníais que quedaros, darle á la lengua, murmurar de la de Ancelot y ejercitarse en contar anécdotillas escandalosas. En la casa de enfrente se desquitaban contando, á propósito de la influencia política de la de Waldor, mil leyendas misteriosas.

¡Cuánto tiempo perdido! ¡Cuántas horas malgastadas en esos chismorreos venenosos ó estúpidos en aquella atmósfera de gusanillos mohosos y de calumnias rancias, en esos parnasos de cartón